

retamatch

BOLETÍN PARA PADRES • Nº 118 • ENERO 2006

La educación para el amor





BOLETÍN PARA PADRES
Número 115
ENERO 2006

Director:
Luis Javier de la Vega

Realización:
Jaime Pellico

Publicidad
Luis Sabatés

Edita:
Retamar S.A.
Pajares, 22.
28223 Madrid

Imprime:
Torreangulo. Arte Gráfico
Reus, 8
28044 Madrid

Depósito Legal:
A.V. 85-1976

Presentación	4
“Sexualidad humana: verdad y significado”	6
Para padres de alumnos de 1º a 3º de Primaria	17
Para padres de alumnos de 4º y 5º de Primaria	24
Para padres de alumnos de 6º de Primaria y 1º de ESO	27
Para padres de alumnos de 2º a 4º de ESO	32
Para padres de 1º y 2º de Bachillerato	38

ANEXOS

<i>Enamorarse: de quién y por qué</i>	42
<i>Prevenir la homosexualidad</i>	45
Bibliografía	48

Como se anunció el curso pasado, presentamos, animados por la Asociación de Padres del Colegio, un Retamatch monográfico dedicado al papel de la familia en la educación para el amor. Esta publicación pretende ser un servicio a la misión educativa de los padres en un campo de tanta importancia, para ayudarles a asumir armónicamente el desarrollo de su sexualidad desde y en la libertad, mediante el cultivo de la virtud de la castidad, que les haga capaces de un auténtico don de sí: la integración de una personalidad madura para la integridad de la donación amorosa. Se ha elaborado para que cada año, de acuerdo con la edad de los hijos, se puedan desarrollar las orientaciones específicas, principalmente por parte del padre, en conversaciones tranquilas y profundas. El primer capítulo “Sexualidad humana: verdad y significado”, que por su profundidad quizás requiera una lectura más pausada, debe estar siempre presente; de aquí que convenga leerlo cada año antes de mantener las conversaciones recomendadas y de aplicar las pautas específicas para cada edad.

La función de la familia en esta dimensión de la formación de la personalidad es decisiva: especialmente la atmósfera de amor que les envuelve, aquel del que son destinatarios personales y el que se les enseña a practicar en la vida del hogar, el testimonio personal de fidelidad renovada continuamente, la experiencia de la vinculación de la juventud del amor, a lo largo de toda la vida, con su fuente en Dios y el apoyo en Jesucristo y la gracia de sus sacramentos y la oración.

Pero también exige la transmisión de contenidos conceptuales y valorativos explícitos, de acuerdo con la edad de cada uno. En este ámbito, especialmente, cada hijo es singular e irrepetible y tiene

sus propios ritmos de crecimiento. Las sugerencias que se hacen para cada etapa de la vida son, por eso, orientativas y necesidades de adaptación individualizada. En general, conviene adelantarse ligeramente a la aparición de las necesidades de instrucción de cada tiempo. No está pensado para entregar a vuestros hijos y que lo lean, aunque no hay inconveniente en hacerlo; está pensado para que se lo transmitáis con la vida y la energía que tiene vuestra misión de padres y, sobre todo, adaptado a sus particularidades.

Los textos que quedan a vuestra disposición están inspirados, en gran medida, en las Orientaciones Educativas del Pontificio Consejo para la Familia “Sexualidad Humana: Verdad y Significado”, que es una referencia pedagógica excelente para recurrir directamente a ella. Y en las aportaciones de otros autores.

Los obispos españoles, haciéndose eco de las orientaciones pontificias, se dirigen así a los padres: “¡No tengáis miedo! (cfr. Lc 12, 22-32). ¡Vivid en Cristo como testigos intrépidos de la buena nueva, de la vida y de la familia! La semilla del bien puede siempre más que la del mal. No os dejéis abatir por los ambientes adversos. Queridos padres, no cejéis en el empeño de educar a vuestros hijos en el amor verdadero, en el sentido de la vida y de la sexualidad. ¡Transmitid con gozo y perseverancia a los jóvenes –que son el futuro de la sociedad– la grandeza del amor fiel y el sentido de la vida humana en toda su dignidad!” (Instrucción Pastoral “La Familia, Buena Noticia”, 27-IV-2001, n. 6).

Y san Josemaría recuerda el secreto de la eficacia de la obra educativa en la familia: “Lo que los hijos y las hijas buscan en su padre o en su madre no son sólo unos conocimientos más amplios que los suyos o unos consejos más o menos acertados, sino algo de mayor categoría: un testimonio del valor y del sentido de la vida encarnado en una existencia concreta, confirmado en las diversas circunstancias y situaciones que se suceden a lo largo de los años” (“Romana” enero-junio de 2001, 114).

Como siempre contáis con toda la ayuda del Colegio para realizar con acierto esta tarea en la que sois insustituibles. Con esa finalidad nacen estas páginas que intentan ser prácticas. Esperamos que os resulten una herramienta útil en la educación y formación de vuestros hijos y, sobre todo, como recordatorio de las necesarias y frecuentes conversaciones con ellos, para transmitirles los valores que queréis que vivan y les orienten a lo largo de su vida.

Sexualidad humana: verdad y significado*

I. LLAMADOS AL VERDADERO AMOR

El hombre, en cuanto imagen de Dios, ha sido creado para amar. Esta verdad ha sido revelada plenamente en el Nuevo Testamento, junto con el misterio de la vida intratrinitaria: *«Dios es amor (1 Jn 4, 8) y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen..., Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano»*¹.

La persona es, sin duda, *capaz de un tipo de amor superior*: no el de concupiscencia, que sólo ve objetos con los cuales satisfacer sus propios apetitos, sino el de amistad y entrega, capaz de conocer y amar a las personas por sí mismas. Un amor capaz de generosidad, a semejanza del amor de Dios: se ama al otro porque se le reconoce como digno de ser amado. Un amor que genera la comunión entre personas, ya que cada uno considera el bien del otro como propio. Es el *don de sí hecho a quien se ama*, en lo que se descubre y se actualiza la propia bondad, mediante la comunión de personas, y donde se aprende el valor de amar y ser amado.

* Extracto del documento con este mismo título elaborado por el PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA.

Todo hombre es llamado al amor de amistad y viene *liberado de la tendencia al egoísmo por el amor de otros*: en primer lugar de *los padres* o de quienes hacen sus veces, y, en definitiva, de Dios, de quien procede todo amor verdadero y en cuyo amor sólo el hombre descubre hasta qué punto es amado. Aquí se encuentra la raíz de la fuerza educativa del cristianismo: «¡El hombre es *amado por Dios*! Este es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre»².

Es así como Cristo ha descubierto al hombre su verdadera identidad: «Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»³.

EL AMOR Y LA SEXUALIDAD HUMANA

El hombre está llamado al amor y al don de sí en su unidad corpóreo-espiritual. Feminidad y masculinidad son dones complementarios, en cuya virtud la sexualidad humana es parte integrante de la concreta capacidad de amar que Dios ha inscrito en el hombre y en la mujer. «La sexualidad es un elemento básico de la personalidad; un modo propio de ser, de manifestarse, de comunicarse con los otros, de sentir, expresar y vivir el amor humano»⁴. Esta capacidad de amar como don de sí tiene, por tanto, su “encarnación” en el carácter esponsal del cuerpo, en el cual está inscrita la masculinidad y la feminidad de la persona. «El *cuerpo humano*, con su sexo, y con su masculinidad y feminidad visto en el misterio mismo de la creación, es no sólo fuente de fecundidad y de procreación, como en todo el orden natural, sino que incluye desde el ‘principio’ el atributo ‘esponsalicio’, es



decir, *la capacidad de expresar el amor*: ese amor precisamente en el que el hombre-persona se convierte en don y –mediante este don– realiza el sentido mismo de su ser y existir»⁵. Toda forma de amor tiene siempre esta connotación masculino-femenina.

Cuando dicho amor se actúa en el matrimonio, el don de sí expresa, a través del cuerpo, la complementariedad y la totalidad del don; el amor conyugal llega a ser entonces una fuerza que enriquece y hace crecer a las personas y, al mismo tiempo, contribuye a alimentar la *civilización del amor*; cuando por el contrario falta el *sentido y el significado del don en la sexualidad*, se introduce «una civilización de las ‘cosas’ y no de las ‘personas’; una civilización en la que *las personas se usan como si fueran cosas*. En el contexto de la civilización del placer, la mujer puede llegar a ser un *objeto* para el hombre, los hijos un *obstáculo* para los padres»⁶.

«El hombre por sí *solo* no realiza totalmente esta esencia. Solamente la realiza existiendo *con alguno*, y más profunda y completamente, existiendo *para alguno*»⁷. En la apertura al otro y en el don de sí se realiza el amor conyugal en la forma de



esposos viene a ser un signo y una garantía de comunión espiritual. Entre bautizados, los vínculos del matrimonio están santificados por el sacramento»¹¹.

AMOR ABIERTO A LA VIDA

Signo revelador de la autenticidad del amor conyugal es la

donación total propia de este estado. Y es siempre en el don de sí, sostenido por una gracia especial, donde adquiere significado la vocación a la virginidad, «manera eminente de dedicarse más fácilmente a Dios solo, con corazón indiviso»⁸, para servirlo más plenamente en la Iglesia.

«En cuanto espíritu encarnado, es decir, alma que se expresa en el cuerpo informado por un espíritu inmortal, el hombre está llamado al amor en su totalidad unificada. *El amor abarca también el cuerpo humano, y el cuerpo se hace partícipe del amor espiritual*»⁹.

EL AMOR CONYUGAL

Cuando el amor se vive en el matrimonio, comprende y supera la amistad y se plasma en la entrega total de un hombre y una mujer, de acuerdo con su masculinidad y feminidad, que con el pacto conyugal fundan aquella comunión de personas en la cual Dios ha querido que viniera concebida, naciera y se desarrollara la vida humana.

A este amor conyugal, y sólo a él, pertenece la donación sexual, que se «realiza de modo verdaderamente humano solamente cuando es parte integrante del amor con el que el hombre y la mujer se comprometen entre sí hasta la muerte»¹⁰. El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda que «en el matrimonio, la intimidad corporal de los

apertura a la vida: «En su realidad más profunda, el amor es esencialmente don, y el amor conyugal, a la vez que conduce a los esposos al recíproco ‘conocimiento’..., no se agota dentro de la pareja, ya que los hace capaces de la máxima donación posible, por la cual se convierten en cooperadores de Dios en el don de la vida a una nueva persona humana. De este modo los cónyuges, a la vez que se dan entre sí, dan más allá de sí mismos la realidad del hijo, reflejo viviente de su amor, signo permanente de la unidad conyugal y síntesis viva e inseparable del padre y de la madre»¹². A partir de esta comunión de amor y de vida, los cónyuges consiguen esa riqueza humana y espiritual y ese clima positivo para ofrecer a los hijos su apoyo en la educación al amor y a la castidad.

II. AMOR VERDADERO Y CASTIDAD

La sexualidad «se hace personal y verdaderamente humana cuando está integrada en la relación de persona a persona, en el don mutuo total y temporalmente ilimitado del hombre y de la mujer»¹³. *La castidad es la energía espiritual que libera el amor del egoísmo y de la agresividad*. En la misma medida en que en el hombre se debilita la castidad, su amor se hace progresivamente

egoísta, es decir, deseo de placer y no ya don de sí.

LA CASTIDAD COMO DON DE SÍ

La castidad es la afirmación gozosa de quien sabe vivir el don de sí, libre de toda esclavitud egoísta. Esto supone que la persona haya aprendido a descubrir a los otros, a relacionarse con ellos respetando su dignidad en la diversidad. La persona casta *no está centrada en sí misma*, ni en relaciones egoístas con las otras personas. La castidad torna armónica la personalidad, la hace madurar y la llena de paz interior. La pureza de mente y de cuerpo ayuda a desarrollar el verdadero respeto de sí y, al mismo tiempo, hace capaces de respetar a los otros, porque ve en ellos personas, que se han de venerar en cuanto creadas a imagen de Dios y, por la gracia, hijos de Dios recreados en Cristo.

EL DOMINIO DE SÍ

«La castidad implica un *aprendizaje del dominio de sí*, que es una *pedagogía de la libertad* humana. La alternativa es clara: o el hombre controla sus pasiones y obtiene la paz, o se deja dominar por ellas y se hace desgraciado»¹⁴.

LA CASTIDAD CONYUGAL

«Las personas casadas son llamadas a vivir la castidad conyugal; las otras practican la castidad en la continencia»¹⁵. Los padres son conscientes de que el *mejor presupuesto para educar* a los hijos en el amor casto y en la santidad de vida consiste en *vivir ellos mismos* la castidad conyugal. Esto implica que sean conscientes de que en su amor está presente el amor de Dios y, por tanto, deben vivir la donación sexual en el respeto de Dios y de su designio de amor, con fidelidad, honor y generosidad hacia el cónyuge y hacia la vida que puede surgir de su gesto de amor.

LA EDUCACIÓN A LA CASTIDAD

La educación de los hijos a la castidad

mira a tres objetivos:

a) conservar en la familia un clima positivo de amor, de virtud y de respeto a los dones de

Dios, particularmente al don de la vida;

b) ayudar gradualmente a los hijos a comprender el valor de la sexualidad y de la castidad y sostener su desarrollo con el consejo, el ejemplo y la oración;

c) ayudarles a comprender y a descubrir la propia vocación al matrimonio o a la virginidad dedicada al Reino de los cielos en armonía y en el respeto de sus aptitudes, inclinaciones y dones del Espíritu. En esta tarea pueden recibir ayudas de otros educadores, pero no ser sustituidos salvo por graves razones de incapacidad física o moral. «Cualquier otro colaborador en el proceso educativo debe actuar en nombre de los padres, con su consenso y, en cierta medida, incluso por encargo suyo»¹⁶.



III. EN EL HORIZONTE VOCACIONAL

«En esta especie de Iglesia doméstica, los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación propia de cada uno, pero con un cuidado especial la vocación sagrada»¹⁷. Ya se trate de vocaciones al matrimonio o a la virginidad y al celibato, son siempre vocaciones a la santidad.

LA VOCACIÓN AL MATRIMONIO

La formación en el amor verdadero es la mejor preparación para la vocación al matrimonio. En familia, los niños y los jóvenes pueden aprender a vivir la sexualidad humana con la grandeza y en el contexto de una vida cristiana. Los niños y los jóvenes *descubren gradualmente* que el sólido matrimonio cristiano no es el resultado de conveniencias ni de una mera atracción sexual. Por ser una vocación, el matrimonio comporta siempre una elección bien meditada, el mutuo compromiso ante Dios, y la constante petición de su ayuda en la oración.

Mediante esta formación remota a la castidad en familia, los adolescentes y los jóvenes aprenden a vivir la sexualidad en la dimensión personal, rechazando toda separación entre la sexualidad y el amor –entendido como donación de sí– y entre el amor esponsal y la familia.

El respeto de los padres hacia la vida y hacia el misterio de la procreación, evitará en el niño o en el joven la falsa idea de que las dos dimensiones del acto conyugal, la unitiva y la procreativa, puedan separarse según el propio arbitrio. *La familia se reconoce entonces parte inseparable de la vocación al matrimonio.*

Una educación cristiana a la castidad en familia no puede silenciar la gravedad moral que implica la separación de la dimensión

unitiva de la procreativa en el ámbito de la vida conyugal, que tiene lugar sobre todo en la contracepción y en la procreación artificial: en el primer caso, se pretende la búsqueda del placer sexual interviniendo sobre la expresión del acto conyugal a fin de evitar la concepción; en el segundo caso, se busca la concepción sustituyendo el acto conyugal por una técnica. Esto es contrario a la verdad del amor conyugal y a la plena comunión esponsal.

La formación en la castidad ha de formar parte de la *preparación a la paternidad y a la maternidad responsables*, que «se refieren directamente al momento en que el hombre y la mujer, uniéndose ‘en una sola carne’, pueden convertirse en padres. Este momento tiene un valor muy significativo, tanto por su relación interpersonal como por su servicio a la vida. Ambos pueden convertirse en procreadores –padre y madre– comunicando la vida a un nuevo ser humano. Las dos dimensiones de la unión conyugal, la unitiva y la procreativa, no pueden separarse artificialmente sin alterar la verdad íntima del mismo acto conyugal»¹⁸.

“La fecundidad es un don, un fin del matrimonio, pues el amor conyugal tiende naturalmente a ser fecundo. El niño no viene de fuera a añadirse al amor mutuo de los esposos; brota del corazón mismo de ese don mutuo, del que es fruto y cumplimiento. Por eso la Iglesia, que “está en favor de la vida” (FC 30), enseña que “cualquier acto matrimonial debe quedar abierto a la transmisión de la vida” (HV 11). “Esta doctrina, muchas veces expuesta por el magisterio, está fundada sobre la inseparable conexión que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador” (HV 12; cf Pío XI, enc. *Casti connubii*).

Llamados a dar la vida, los esposos

participan del poder creador y de la paternidad de Dios (cf Ef 3,14; Mt 23,9). “En el deber de transmitir la vida humana y educarla, que han de considerar como su misión propia, los cónyuges saben que son cooperadores del amor de Dios Creador y en cierta manera sus intérpretes. Por ello, cumplirán su tarea con responsabilidad humana y cristiana” (GS 50,2).

Un aspecto particular de esta responsabilidad concierne a la “regulación de la natalidad”. Por razones justificadas, los esposos pueden querer espaciar los nacimientos de sus hijos. En este caso, deben cerciorarse de que su deseo no nace del egoísmo, sino que es conforme a la justa generosidad de una paternidad responsable. Por otra parte, ordenarán su comportamiento según los criterios objetivos de la moralidad.

El carácter moral de la conducta, cuando se trata de conciliar el amor conyugal con la transmisión responsable de la vida, no depende sólo de la sincera intención y la apreciación de los motivos, sino que debe determinarse a partir de criterios objetivos, tomados de la naturaleza de la persona y de sus actos; criterios que conserven íntegro el sentido de la donación mutua y de la procreación humana en el contexto del amor verdadero; esto es imposible si no se cultiva con sinceridad la virtud de la castidad conyugal (GS 51,3).

“Salvaguardando ambos aspectos esenciales, unitivo y procreador, el acto conyugal conserva íntegro el sentido de amor mutuo y verdadero y su ordenación a la altísima vocación del hombre a la paternidad” (HV 12).

La continencia periódica, los métodos de regulación de nacimientos fundados en la auto observación y el recurso a los períodos

infecundos (cf HV 16) son conformes a los criterios objetivos de la moralidad. Estos métodos respetan el cuerpo de los esposos, fomentan el afecto entre ellos y favorecen la educación de una libertad auténtica. Por el contrario, es intrínsecamente mala “toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga como fin o como medio, hacer imposible la procreación” (HV 14).

“Al lenguaje natural que expresa la recíproca donación total de los esposos, el anticoncepcionismo impone un lenguaje objetivamente contradictorio, es decir, el de no darse al otro totalmente: se produce no sólo el rechazo positivo de la apertura a la vida, sino también una falsificación de la verdad interior del amor conyugal, llamado a entregarse en plenitud personal”. Esta diferencia antropológica y moral entre la anticoncepción y el recurso a los ritmos periódicos “implica... dos concepciones de la persona y de la sexualidad humana irreconciliables entre sí” (FC 32).

Por otra parte, “sea claro a todos que la vida de los hombres y la tarea de trans-



mitirla no se limita a este mundo sólo y no se puede medir ni entender sólo por él, sino que mira siempre al destino eterno de los hombres” (GS 51,4 y Catecismo de la Iglesia Católica, 2366-2371).

LA VOCACIÓN A LA VIRGINIDAD Y AL CELIBATO

«Cuando no se estima el matrimonio, no puede existir tampoco la virginidad...; cuando la sexualidad humana no se considera un valor donado por el Creador, pierde significado la renuncia por el Reino de los cielos»¹⁹. A la disgregación de la familia sigue la falta de vocaciones; por el contrario, donde los padres son generosos en acoger la vida, es más fácil que lo sean también los hijos cuando se trata de ofrecerla a Dios: «Es necesario que las familias vuelvan a expresar el generoso amor por la vida y se pongan a su servicio, sobre todo acogiendo, con sentido de responsabilidad unido a una serena confianza, los

hijos que el Señor quiera donar»; y lleven a feliz cumplimiento esta acogida no sólo «con una continua acción educativa, sino también con el debido compromiso de ayudar sobre

todo a los adolescentes y a los jóvenes, a descubrir la dimensión vocacional de cada existencia, dentro del plan de Dios... La vida humana adquiere plenitud cuando se hace don de sí: un don que puede expresarse en el matrimonio, en la virginidad consagrada, en la dedicación al prójimo por un ideal, en la elección del sacerdocio ministerial»²⁰. Los padres, por ello, deben alegrarse si ven en alguno de sus hijos los signos de la llamada de Dios a la más alta vocación de la virginidad o del celibato por amor del Reino de los Cielos.

IV. PADRE Y MADRE COMO EDUCADORES

Los padres, en esta tarea de educar a sus hijos, están guiados por «dos verdades fundamentales: la primera es que el hombre está llamado a vivir en la verdad y en el amor; la segunda es que cada hombre se realiza mediante la entrega sincera de sí mismo»²¹.

EL SIGNIFICADO DEL DEBER DE LOS PADRES

Los padres, individualmente o asociados con otros, tienen el derecho y el deber de promover el bien de sus hijos y de exigir a la autoridad leyes de prevención y represión de la explotación de la sensibilidad de los niños y de los adolescentes.

«Ante una cultura que «banaliza» en gran parte la sexualidad humana, porque la interpreta y la vive de manera reductiva y empobrecida, relacionándola únicamente con el cuerpo y el placer egoísta, el servicio educativo de los padres debe basarse sobre una cultura sexual que sea verdadera y plenamente personal. En efecto, la sexualidad es una riqueza de toda la persona –cuerpo, sentimiento y espíritu– y manifiesta su significado íntimo al llevar la persona hacia el don de sí misma en el amor»²².



V. ITINERARIOS FORMATIVOS EN EL SENO DE LA FAMILIA

Las ciencias psicológicas y pedagógicas, en sus más recientes conquistas, y la experiencia concuerdan en destacar la *importancia decisiva*, en orden a una armónica y válida educación sexual, del *clima afectivo* que reina en la familia, especialmente en los primeros años de la infancia y de la adolescencia y tal vez también en la fase pre-natal, períodos en los cuales se instauran los dinamismos emocionales y profundos de los adolescentes.

Es necesario que los padres *encuentren el tiempo* para estar con los hijos y dialogar con ellos. Los hijos, don y deber, son su tarea más importante, si bien aparentemente no siempre muy rentable: lo son más que el trabajo, más que el descanso, más que la posición social. En tales conversaciones —y de modo creciente con el pasar de los años— es necesario saberlos escuchar con atención, esforzarse por comprenderlos, saber reconocer la parte de verdad que puede haber en algunas formas de rebeldía. Al mismo tiempo, los padres podrán ayudarles a encauzar rectamente ansias y aspiraciones, enseñándoles a reflexionar sobre la realidad de las cosas y a razonar. No se trata de imponerles una determinada línea de conducta, sino de mostrarles los motivos, sobrenaturales y humanos, que la recomiendan. Lo lograrán mejor si saben dedicar tiempo a sus hijos y ponerse verdaderamente a su nivel, con amor.

FORMACIÓN EN LA COMUNIDAD DE VIDA Y DE AMOR

La familia cristiana es capaz de ofrecer una *atmósfera impregnada de aquel amor a Dios* que hace posible el auténtico don



recíproco. Los niños que lo perciben están más dispuestos a vivir según las verdades morales practicadas por sus padres. Tendrán confianza en ellos y aprenderán aquel amor —nada mueve tanto a amar como el saberse amados— que vence al miedo. Es necesario enseñar al niño, al adolescente y al joven a establecer las oportunas relaciones con Dios, con sus padres, con sus hermanas y hermanas, con sus compañeros del mismo o diverso sexo, con los adultos.

No se debe tampoco olvidar que la *educación* al amor es una realidad *global*: no se progresa en establecer justas relaciones con una persona sin hacerlo, al mismo tiempo, con cualquier otra. Es, al mismo tiempo, educación del espíritu, de la sensibilidad y de los sentimientos.

Es necesario, por tanto, poner de relieve que la educación a la castidad es inseparable del compromiso de cultivar todas las otras virtudes y, en modo particular, el amor cristiano que se caracteriza por el respeto, por el altruismo y por el servicio que, en definitiva, es la caridad.

Son también importantes aquellas virtudes que la tradición cristiana ha llamado las

hermanas menores de la castidad (modestia, capacidad de sacrificio de los propios caprichos), alimentadas por la fe y por la vida de oración.

EL PUDOR Y LA MODESTIA

La práctica del pudor y de la modestia, al hablar, obrar y vestir, es muy importante para crear un clima adecuado para la maduración de la castidad, y por eso han de estar hondamente arraigados en el respeto del propio cuerpo y de la dignidad de los demás.

UN SANTUARIO DE LA VIDA Y DE LA FE

Nadie puede ignorar que el primer ejemplo y la mayor ayuda que los padres dan a sus hijos es su generosidad en acoger la vida, sin olvidar que así les ayudan a tener un estilo más sencillo de vida y, además, «que es menor mal negar a los propios hijos ciertas comodidades y ventajas materiales que privarlos de la presencia de hermanos y hermanas que podrían ayudarles a desarrollar su humanidad y a comprobar la belleza de la vida en cada una de sus fases y en toda su variedad»²³.

Finalmente, recordamos que, para lograr estas metas, la familia debe ser ante todo casa de fe y de oración, en la que se percibe la presencia de Dios Padre, se acoge la Palabra de Jesús, se siente el vínculo de amor, don del Espíritu, y se ama y se invoca a la purísima Madre de Dios.

VI. LOS PASOS EN EL CONOCIMIENTO DE LA SEXUALIDAD

A los padres corresponde especialmente la obligación de hacer conocer a los hijos los misterios de la vida humana, porque la familia es el mejor ambiente para cumplir el deber de asegurar una gradual educación de la vida sexual.

CUATRO PRINCIPIOS SOBRE LA INFORMACIÓN

1. Todo niño es una *persona única e*

irrepetible y debe recibir una formación individualizada. Puesto que los padres conocen, comprenden y aman a cada uno de sus hijos en su irrepetibilidad, cuentan con la mejor posición para decidir el momento oportuno de dar las distintas informaciones, según el respectivo crecimiento físico y espiritual. Nadie debe privar a los padres, conscientes de su misión, de esta capacidad de discernimiento.

Los aspectos, tanto biológicos como afectivos, que tocan más de cerca su intimidad, deben serles comunicados a través de un *diálogo personalizado*. La experiencia demuestra que este diálogo se realiza mejor cuando *el progenitor*, que comunica las informaciones biológicas, afectivas, morales y espirituales, es *del mismo sexo del niño o del joven*.

2. La dimensión moral debe formar parte siempre de las explicaciones. Los padres podrán poner de relieve que los cristianos están llamados a vivir el don de la sexualidad *según el plan de Dios que es Amor*, en el contexto del matrimonio o de la virginidad consagrada o también en el celibato. Se ha de insistir en el valor positivo de la castidad y en la *capacidad de generar verdadero amor* hacia las personas.

3. La educación a la castidad y las oportunas informaciones sobre la sexualidad deben ser ofrecidas en el más amplio *contexto de la educación al amor*. No es suficiente comunicar informaciones sobre el sexo junto a principios morales objetivos. Es necesaria la *constante ayuda para el crecimiento en la vida espiritual* de los hijos, para que su desarrollo biológico y las pulsiones que comienzan a experimentar se encuentren siempre acompañadas por un creciente amor a Dios Creador y Redentor, y por una siempre más grande conciencia de la dignidad de toda persona humana y de su cuerpo. A la luz del misterio de Cristo y

de la Iglesia, los padres pueden ilustrar los valores positivos de la sexualidad humana en el contexto de la nativa vocación de la persona al amor y de la llamada universal a la santidad.

En los coloquios con los hijos, no deben faltar nunca los consejos idóneos para crecer en el amor a Dios y al prójimo y para superar las dificultades: «disciplina de los sentidos y de la mente, prudencia atenta para evitar las ocasiones de caídas, guarda del pudor, moderación en las diversiones, ocupación sana, recurso frecuente a la oración y a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Los jóvenes, sobre todo, deben empeñarse en fomentar su devoción a la Inmaculada Madre de Dios»²⁴.

Para educar a los hijos a valorar los ambientes que frecuentan con *sentido crítico* y verdadera autonomía, y habituarlos a un uso independiente de los mass-media, los padres han de presentar siempre modelos positivos y los medios adecuados para que empleen sus energías vitales, el sentido de la amistad y de solidaridad, en el vasto campo de la sociedad y de la Iglesia.

Uno de los objetivos de los padres en su labor educativa es transmitir a los hijos la convicción de que la castidad en el propio estado es posible y genera alegría.

La ayuda de Dios no falta nunca si se pone el empeño necesario para corresponder a la gracia de Dios. Ayudando, formando y respetando la conciencia de los hijos, los padres deben procurar que frecuenten conscientemente los sacramentos, yendo por delante con su ejemplo. Si los niños y los jóvenes experimentan los efectos de la gracia y de la misericordia de Dios en los sacramentos, serán capaces de vivir bien la castidad como don de Dios, para su gloria y para amarlo a Él y a los demás hombres. Una ayuda necesaria y sobrenaturalmente eficaz es frecuentar el sacramento

de la reconciliación, especialmente si se puede contar con un confesor hijo. La guía o dirección espiritual, aunque no coincide necesariamente con el papel del confesor, es ayuda preciosa para la iluminación progresiva de las etapas de maduración y para el apoyo moral.

4. Los padres deben dar una información con extrema delicadeza, pero de forma clara y en el tiempo oportuno. Ellos saben bien que los hijos deben ser tratados de



manera personalizada, de acuerdo con las condiciones personales de su desarrollo fisiológico y psíquico, teniendo debidamente en cuenta también el ambiente cultural y la experiencia que el adolescente realiza en su vida cotidiana. Para valorar lo que se debe decir a cada uno, es muy importante que los padres pidan ante todo luces al Señor en la oración y hablen entre sí, para que sus palabras no sean ni demasiado explícitas

ni demasiado vagas. Dar muchos detalles a los niños es contraproducente, pero retardar excesivamente las primeras informaciones es imprudente, porque toda persona humana tiene una natural curiosidad al respecto y antes o después se interroga, sobre todo en una cultura donde se ve demasiado también por la calle.

CONCLUSIÓN

Frente a los grandes retos para la castidad cristiana, los dones de naturaleza y gracia otorgados a los padres constituyen las bases más sólidas sobre las que la Iglesia forma a sus propios hijos. Gran parte de la formación en familia es indirecta, encarnada en un clima de amabilidad y ternura, que surge de la presencia y del ejemplo de los padres cuando su amor es puro y generoso.

NOTAS:

- 1 Familiaris consortio, n. 11.
- 2 Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Christifideles laici*, 30 de diciembre de 1988, AAS 81 (1989) pág. 456, n. 34.
- 3 *Gaudium et spes*, n. 22.
- 4 Congregación para la Educación Católica, Orientaciones educativas sobre el amor humano, 1 de noviembre de 1983, Librería Editrice Vaticana, n. 4.
- 5 Juan Pablo II, Audiencia general, 16 de enero de 1980, *L'Osservatore Romano*, ed. española, 20 de enero de 1980, n. 1, pág. 3.
- 6 Carta a las familias *Gratissimam sane*, n. 13.
- 7 Juan Pablo II, Audiencia general, 9 de enero de 1980, *L'Osservatore Romano*, ed. española, 13 de enero de 1980, n. 2, pág. 3.
- 8 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2349.
- 9 Familiaris consortio, n. 11.
- 10 *Ibidem*.
- 11 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2360.

- 12 Familiaris consortio, n. 14.
- 13 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2337.
- 14 *Ibidem*, n. 2339.
- 15 *Ibidem*, n. 2349.
- 16 Carta a las familias *Gratissimam sane*, n. 40.
- 17 *Lumen gentium*, n. 11.
- 18 Carta a las familias *Gratissimam sane*, n. 12; cf. *Humanae vitae*, n. 12.; Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2366.
- 19 Familiaris consortio, n. 16.
- 20 Juan Pablo II, Discurso a los participantes al Convenio sobre "Familias al servicio de la vida", promovido por la Comisión Episcopal de la C.E.I., 28 de abril de 1990, *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. XIII, 1, pp. 1055-1056.
- 21 Carta a las familias *Gratissimam sane*, n. 16.
- 22 Familiaris consortio, n. 37.
- 23 Juan Pablo II, Homilía en el Capitol Mall, Washington DC, Estados Unidos, 7 de octubre de 1979, *L'Osservatore Romano*, 8-9 de octubre de 1979. Anexo, pág. LXXVII.
- 24 Persona humana, n. 12.

Para padres de alumnos de 1º a 3º de Primaria

Resumimos algunas características de esta edad, tomadas de la Instrucción “Sexualidad humana: verdad y significado”, desde la edad de seis años hasta la pre-pubertad, cuyo inicio se coloca en la manifestación de las primeras modificaciones en el cuerpo del muchacho o de la muchacha (efecto visible de un creciente influjo de las hormonas sexuales).

— Ha desaparecido la sexualidad instintiva rudimentaria del niño pequeño. Los niños y las niñas de esta edad no están particularmente interesados en los problemas sexuales y prefieren frecuentar a los de su mismo sexo. Una prudente formación al amor casto en este período ha de ser indirecta,

en preparación a la pubertad, cuando sea necesaria la información directa.

— Aceptan la necesidad de la modestia en la manera de vestir y en el comportamiento.

— Aun siendo consciente de las diferencias físicas entre ambos sexos, muestran en general poco interés por las funciones genitales.

— El descubrimiento de las maravillas de la creación, propio de esta época, y las respectivas experiencias en casa y en la escuela, deberán estar orientadas hacia la catequesis y el acercamiento a los sacramentos, que se realiza en la comunidad eclesial.

— Este período de la niñez no está desprovisto de significado en términos de desarrollo psico-sexual. El niño o la niña que crece aprende del ejemplo de los adultos y de la experiencia familiar qué significa ser una mujer o un hombre.

– No se han de despreciar las expresiones de ternura natural y de sensibilidad por parte de los niños, ni tampoco excluir a las niñas de actividades físicas vigorosas.

– No se han de ignorar ni minimizar las efectivas diferencias entre ambos sexos. Así, en un ambiente familiar sano, los niños aprenderán que es natural que a estas diferencias corresponda una cierta diversidad

en las tareas familiares domésticas entre los hombres y las mujeres (*que incluye también la colaboración de los niños en la buena marcha del hogar*).

– Para el niño es un período oportuno para establecer una buena relación con el padre. En este tiempo ha de aprender que su masculinidad, aunque sea un don divino, no es signo de superioridad respecto a las mujeres, sino una llamada de Dios a asumir ciertas tareas y responsabilidades al igual que la mujer. Hay que orientar al niño a no ser agresivo, ni a estar demasiado preocupado de la fortaleza física como garantía de la propia virilidad.

– En el contexto de la información moral y sexual, pueden surgir en esta fase de la niñez algunos problemas. Una dificultad aparece cuando los niños reciben una información sexual prematura por parte de los medios de comunicación o de compañeros precoces. En esta circunstancia, los padres habrán de comenzar a impartir una información sexual, limitada normalmente a corregir la información inmoral errónea o controlar un lenguaje obsceno.

– Los padres deben proteger a sus hijos de posibles violencias sexuales *—sin olvidar las agresiones visuales—* sobre sus hijos, educándolos en la modestia y la reserva ante personas extrañas; impartiendo además una adecuada información sexual, sin anticipar detalles y particularidades que los podrían turbar.

CÓMO INFORMAR A NIÑOS ENTRE 6 Y 9 AÑOS*

Los niños son curiosos y por eso, ya desde pequeños, pueden demostrar curiosidad por las cosas relacionadas con el origen de la

* Engracia Jordán, *Cómo dar la información sexual*, Folletos MC 267.



vida y hacer preguntas en ese sentido. Pero no tienen ninguna intención sexual. Somos los mayores quienes proyectamos en su pregunta nuestra sexualidad y –si no obramos con naturalidad– el niño caza al vuelo que su pregunta tiene algo raro, que no se le contesta de la misma manera que otras veces, o incluso que no se le contesta. Entonces la curiosidad aumenta y, como sabe que en sus padres no va a encontrar respuesta, pregunta en otro sitio. Le llega la información a través de personas ajenas que, casi siempre, lo hacen de forma brutal o soez, causándole una impresión que será difícil borrar y que, en muchos casos, puede influir para siempre en su vida afectiva y moral. Por eso es necesario contestar a todas las preguntas de los niños. La catequesis familiar desarrollada por el padre es muy adecuada para que la orientación sea siempre personalizada y gradual, sin pretender agotar el tema en una sesión.

Entre los seis (y antes) y los diez años de edad, los niños preguntan de todo y, respecto al sexo, sus preguntas más frecuentes son:

¿DE DÓNDE VIENEN LOS NIÑOS?

Dice Víctor García Hoz: *“Es propio de la naturaleza humana aspirar a la verdad; el niño, por pequeño que sea, tiene derecho a ella, con lo cual está dicho que los cuentos de los nenes viniendo de París o traídos por la cigüeña deben ser desterrados absolutamente, porque los niños tienen derecho a la verdad.”*

A una madre de familia le hicieron esta pregunta: Oye, mamá, a ver si me explicas

cómo nacen los niños, pues eso de que los traen las cigüeñas es rarísimo habiendo aviones...

Damos a continuación algunas respuestas que se pueden dar a esa pregunta tan frecuente:

– Los niños los manda Dios y al principio están en una especie de cunita que las madres tienen en su cuerpo.



– Los niños vienen de Dios que es quien les da su alma. El alma hace que el niño viva. Y Dios prepara en el interior del cuerpo de las madres, muy cerca del corazón, un sitio calentito (parecido a un nido) donde el pequeñín pueda crecer poco a poco. Allí está

nueve meses y, cuando ya se ha hecho bastante grande, el bebé deja el nido y viene al mundo.

– Los niños nacen de una semilla que pone el padre y se desarrolla dentro de la madre lentamente. En ese ser, ya desde el principio, Dios infunde el alma. Cuando ya se ha hecho grande, el niño nace. Las mamás se van a la clínica y el médico ayuda a que el niño nazca.

¿CUÁL ES EL PAPEL DEL PADRE?

En algún momento los niños preguntarán la función del padre en la procreación. Puede contestarse así:

– Dios dispuso que también los padres tomaran parte en el nacimiento de los niños. Para que un niño venga a la vida el padre deposita en la madre unas células que son como las semillas. Entonces el bebé empieza a formarse en el vientre de la madre. Primero

es muy pequeño, luego la mamá le alimenta y va creciendo poco a poco hasta el día de su nacimiento.

– Para que los padres puedan colaborar con Dios en la obra de la creación, Dios estableció que sus cuerpos pudieran unirse. Ya sabes las diferencias que hay entre los cuerpos de los niños y el de las niñas. La mujer tiene un órgano que sirve para que el padre introduzca en él unas células que, unidas a otra de la madre, se desarrollan originando una nueva vida. Ese órgano sirve también para que luego salga el niño en el momento de nacer.

Por eso los papás también aman mucho a sus hijos y se preocupan de trabajar para que cuando nazcan los niños tengan una casa y una familia donde vivir felices. ¿Verdad que

Dios ha dispuesto todo muy bien?

– El padre, al poner una semilla en el seno de la madre, da lugar a que empiece una vida nueva. El semen del padre pasa a través del pene al organismo de la madre, por el mismo orificio por el que luego nacerá el hijo. Ese acto es bueno y santo, pues Dios interviene creando el alma del nuevo ser y bendiciendo así el amor de los padres que han fundado una familia al unirse en matrimonio.

– El hijo sólo nace de la unión de un hombre con una mujer, porque las mujeres son las que tienen en su vientre un lugar que se llama matriz para albergar al hijo y los hombres no. En cambio, las mujeres no disponen de semen y los hombres sí. Así lo ha hecho Dios, para que luego el padre y la madre, juntos también, sean los que cuiden, alimenten y eduquen a los hijos. ¿Por qué engorda tanto mamá?

A veces los niños hacen la pregunta y otras veces no. Pero siempre la llegada de un nuevo hermano es una circunstancia adecuada para decirles que el vientre de la madre va aumentando conforme crece el hermanito. Incluso algunos niños, como ya saben de dónde vienen, al ver a su mamá engordar preguntan: “¿Voy a tener otro hermanito?”, o “¿el hermanito está ahí dentro?”

Lo pregunten o no, conviene decírselo de alguna manera, que puede ser parecida a éstas:

– Ya te dije que Dios, después de dar un alma a los niños que van a nacer, los confía a su mamá para que los lleve dentro de sí hasta que se hagan grandes. A medida que crece el niño, también va aumentando de tamaño el vientre de la madre. Ahora vas a tener un hermanito y mamá se irá abultando poco a poco. Mamá se cansará un poco más y tú le puedes ayudar siendo muy obediente y cariñoso, ¿lo harás?



— ¿Sabes que vas a tener un hermanito? Ahora es un niño muy pequeño que está dentro de mamá, quien lo va alimentado con su propia sangre. Igual que tú vas creciendo poco a poco, el hermanito crece también dentro de mamá, que le va haciendo sitio, aumentando la capacidad de su vientre. ¿No te da alegría pensar que vas a tener otro niño en casa con quien jugar? Papá y mamá están también muy contentos porque Dios les ha hecho colaboradores suyos en la obra de la creación.

— Has oído que pronto habrá un hermanito o hermanita en casa. Ya te dije cómo Dios confía a los niños a sus mamás después de darles un alma. Pues Dios ha concedido otra vez a mamá la alegría de ser madre. También cuando viniste tú, mamá se sintió muy, muy feliz. Durante nueve meses el niño va creciendo en su interior. Le alimentará y le ayudará a desarrollarse. A mamá le aumentará el tamaño del vientre y tendrá menos facilidad para moverse y andar deprisa. Necesitará que tú la ayudes, que la quieras y que te portes bien. También a ti te llevó dentro de ella. Por eso las madres quieren tanto a sus hijos y los hijos quieren tanto a sus mamás.

¿CÓMO SE SABE QUE ES NIÑA?

La diferenciación de sexos la adquieren fácilmente los niños de familia numerosa desde muy pequeños. Corrientemente el momento del baño es la circunstancia adecuada para que los niños se den cuenta de que son distintos. También puede ser ocasión el baño del hermanito que acaba de nacer.

Algunos padres hablan de la “colita” de los niños, otros prefieren decir “pene”, el nombre que se le da en Biología. Quizá sea esto preferible porque al ser la información progresiva, puede ser positivo que los hijos se den cuenta de que siempre han sabido bien las cosas.

— Eso que tiene el hermanito es el pene, un órgano que distingue a los niños de las niñas.

Un padre escribe: “Durante una conversación con mi hijo de ocho años, le pregunté en qué se diferencia un niño de una niña.

El motivo de esta pregunta era conocer los términos que usaba.

Mi hijo, con expresión de ingenuidad y candidez, me contestó:

— En que las niñas tienen el pelo largo y los niños corto.

Me reí a gusto con la respuesta. Luego, más serio, le dije: Eso era antes. Contéstame sin rodeos, pues sabes cómo hacerlo.

— Es que me da un poco de vergüenza —dijo él.

— ¡La vergüenza, para pecar! —le corté tajante— Para hablar con tu padre, naturalidad.

Y con toda naturalidad respondió: Los niños tienen colita y las niñas, un agujero.





Pero... pregúntame algo de gramática, que la llevo muy bien.

Acepté el cambio de tema, pero me propuse reanudarlo”.

Si los niños no preguntan y no hablan de estos temas puede ser porque no tienen curiosidad, puede ser también porque han captado ya la carga de sexualidad que ponen los mayores y les da vergüenza hablar con sus padres de ello. Será bueno, por si acaso, imitar a este padre y plantear las preguntas que parezcan convenientes. Es una forma de iniciar una charla con los hijos.

POR DÓNDE NACEN

Una pregunta que suelen hacer los niños, entre los seis y siete años, es cómo o por dónde nacen o salen los niños del vientre de su madre. En general la curiosidad se

despierta porque en la familia o entre sus amiguitos va a nacer, o acaba de nacer un niño. Como siempre, se actúa con naturalidad y con verdad:

– Dios ha creado el cuerpo de las madres para que, cuando el niño está en su vientre y ha crecido lo suficiente, pueda abrirse y sacar –dar a luz, se llama– el bebé que estaba dentro. Para que pueda suceder eso, Dios ha puesto en las mujeres un órgano especial, con tejidos elásticos que pueden ensancharse en el momento necesario para dar paso al bebé. Este órgano tan flexible tiene una abertura que, en el momento del nacimiento, se abre lenta y suavemente para que salga el niño.

Las madres en esta obra de dar a luz sufren y, por eso, después del nacimiento de un niño pasan unos días en la cama, en la clínica, o en su casa. Pero no les importa sufrir un poco porque, como aman tanto a sus hijos, son muy felices cuando nacen.

Por esa misión tan importante que Dios ha confiado a las mujeres de engendrar, alimentar y traer al mundo a los hijos, todo el mundo guarda respeto a las mujeres, aunque sean jóvenes, porque están llamadas a ser madres.

– Los niños nacen por el mismo sitio por el que el padre sembró la semilla y que sirve y se abre para eso. Dios ha dotado al cuerpo de la mujer de unos tejidos elásticos que se ensanchan cuando tiene que nacer el niño. Es igual que cuando uno saca la cabeza por un jersey de cuello elástico: se ensancha hasta que sale la cabeza y luego se encoge otra vez.

Para dar a luz, generalmente, las mamás van a una clínica, porque allí ayudan a nacer al niño unas personas que saben hacerlo muy bien. Las madres sufren algunos dolores, pero los pasan con alegría porque quieren mucho a sus hijos. Hasta que se recuperan pasan unos días en la clínica y luego ya vuelven

a casa a cuidar de toda la familia.

Es preciso que siempre haya una explicación cierta y realista y que, por tanto, no falte nunca una alusión a la acción de Dios. Suprimir la intervención de Dios sería faltar a la verdad, lo mismo que cuando se dice que los niños vienen de París.

Por otra parte, quizá sea conveniente, cuando se da alguna de estas explicaciones a los niños, advertirles que lo que sus padres les dicen no lo cuenten a otros hermanos o lo hablen con otros niños, porque a los papás les gusta decírselo ellos mismos a cada hijo.

Ocurre que los niños se olvidan de las contestaciones que se les dieron a sus preguntas. Por eso, cuando hacen otra pregunta del mismo tema, puede ser conveniente recordarles lo que se les dijo antes y luego ampliarlo con la nueva respuesta.

DETALLES DE HIGIENE

Lo mismo que no resulta higiénico que un niño se quite los calcetines y se hurgue en

los pies, o se meta el dedo en la nariz o se haga pis en la cama y llegue eso a convertirse en un hábito o en una manía, de la misma manera los padres deben evitar que los niños se toquen los órganos genitales. No tiene, en esa edad, ni mejores ni peores consecuencias que las otras manipulaciones que hemos citado. Pero no son buenas costumbres y si se adquiere ésta, al despertarse la sexualidad en la pubertad, puede llevarles a usar mal del sexo y a tener dificultades. Por eso, sin darle más carácter de inconveniencia, ni menos, que a tocarse los pies o a meterse el dedo en la nariz, se debe acostumbrar a los niños, desde pequeñines, a esa higiene elemental de no tocarse esos órganos”.



Para padres de alumnos de 4º y 5º de Primaria

En 4º de Primaria y a lo largo de los cursos siguientes, coincidiendo con el tema de Conocimiento del Medio sobre el aparato reproductor humano, pero adelantándose ligeramente a él, es necesario que los padres tengan una actividad específica de *formación* con su hijo, especialmente en dos direcciones:

I. El **contexto humano y moral** de la enseñanza que van a recibir sobre biología humana:

a) hacer ver –junto con la semejanza– la diferencia de la reproducción humana con la del resto de los animales superiores: cada hombre es una criatura querida por sí misma por parte de Dios, no se ordena al

bien del universo, sino a una unión personal con Dios;

b) hay una especial intervención de Dios en la creación del alma espiritual en el inicio de la vida de cada persona humana;

c) el contexto de la procreación humana es una colaboración amorosa del padre y la madre con la acción creadora de Dios, en el seno de la unidad amorosa de la familia. La misión de los padres se continúa en la formación espiritual en colaboración con Dios, para que los niños crezcan como hijos suyos y no sólo como miembros adaptados de una singular especie animal;

d) los aspectos tanto biológicos como afectivos, que tocan más de cerca su intimi-

dad, deben serles comunicados a través de un diálogo personalizado. Ya que los aspectos biológicos están incluidos en el currículo, es conveniente que el padre se adelante ligeramente en la explicación de este tema, en sus aspectos sustanciales, en continuidad con otros ya tratados en etapas anteriores de la infancia.

e) Toda esta actividad está encaminada a que sientan una gran admiración y gratitud por el plan de Dios sobre el matrimonio y el amor humano, un gran agradecimiento a sus padres y un deseo de poder vivir también ellos, cuando hayan crecido, el misterio del amor en toda su grandeza divina y humana. Que sepan que toda la educación que reciben está orientada a ser personas verdaderamente amorosas en todas las dimensiones de su vida (familiar, amistades, profesional, cívica) según la vocación concreta de cada uno (es muy importante que oigan relacionar la inclinación humana al amor, con la vocación divina del hombre).

f) Tiene importancia también la educación del carácter; durante la niñez, los padres han de fomentar en los hijos el espíritu de colaboración, obediencia, generosidad y abnegación, y favorecer la capacidad de autorreflexión y sublimación. En efecto, es característico de este período de desarrollo, la atracción por actividades intelectuales: la potencia intelectual permite adquirir la



fuerza y la capacidad de controlar la realidad circundante y, en un futuro no lejano, también los instintos.

El niño indisciplinado o viciado tiende a una cierta inmadurez y debilidad moral en el futuro, porque la castidad es difícil de mantener si la persona desarrolla hábitos egoístas o desordenados y no será entonces capaz de comportarse con los demás con aprecio y respeto. Los padres deben presentar modelos objetivos de aquello que es justo o equivocado, creando un contexto moral seguro para la vida.

II. Ayudarles a comprender, valorar y cultivar el innato **sentido del pudor** que experimentan.

a) tiene que ver mucho con la *limpieza de la mirada* (“la lámpara de tu cuerpo es tu ojo”). Los niños pequeños no tienen pudor aún porque tienen muy poco desarrollada su intimidad. Pero después las cosas íntimas se rodean de pudor: no se habla de asuntos de la familia, o de los amigos íntimos, con extraños o curiosos, no porque sean malos, sino al contrario, porque son un

tesoro –alegrías, sufrimientos, dificultades, proyectos– compartido con los miembros de la familia o los amigos íntimos. Algo parecido pasa con el cuerpo humano en sus partes genitales: se rodean de pudor porque sólo se compartirán con la persona amada en el matrimonio, y no son objeto para la curiosidad de cualquiera ni para la exhibición.

b) La pérdida del pudor propio, o su falta de desarrollo, es un empobrecimiento humano. Y por eso es necesario educar lo que ya es un movimiento natural: el acto conyugal no se realiza en público, no porque sea malo, sino porque es íntimo. Los chavales tiene que ver respetada su intimidad corporal, como sus hermanas. Hay que cuidar este aspecto especialmente en las actividades de verano y agrupaciones deportivas. Como es importante el modo de vestir en el hogar, que no es el mismo de la piscina o el campo de deportes (ni el de asistir a la santa Misa).

c) Hay representaciones de actos sexuales o del cuerpo humano, en la publicidad o en fotografías y películas, que *utilizan el reclamo de los valores sexuales como un medio de captar la atención o fijar el interés, apelando a reacciones instintivas y no racionales del hombre*. En esos casos, se ofende la dignidad de las personas representadas y la dignidad del que mira, y se envilece el ambiente degradando el sentido verdadero del amor. Cuando se seleccionan las revistas, vídeos y programas de televisión, hay que tener estos valores en cuenta. Y si es necesario interrumpir un programa, es también muy conveniente *explicar las razones* de esa elección: no se trata de defender tabúes irracionales, sino de vivir al nivel de dignidad propio de la persona, sin dejarse manipular. El arte ha sabido tratar todos los temas humanos –buenos y malos– sin necesidad de esos reclamos. Igual que ha sido capaz,



no pocas veces, de representar la belleza del cuerpo desnudo reflejando la gloria de la criatura humana, sin que provoque un mal deseo más que en mentes pervertidas. Pero la mercancía pornográfica que circula no pretende reflejar la gloria de la criatura humana, sino que la envilece.

d) quienes difunden esas representaciones –vendiéndolas, enseñándolas a compañeros, etc.– cometen un pecado de escándalo que obliga a reparar el daño causado (lo mismo que los traficantes de droga o quienes la difunden). Y cualquier persona normal puede y debe, en lo que esté en su mano, evitar que se difunda esa corrupción: ver la tele con los hijos, no fijarse sólo en los impactos visuales sino también en la concepción del matrimonio, la familia, el noviazgo, etc., que se presentan en series de televisión supuestamente familiares, con tono de comedia humorística, y que no hace ningún bien seguir con frecuencia, pero sobre cuyo contenido hay que dialogar con los hijos porque el mensaje difuso les llega por la cultura ambiental: no se trata de ser reactivos, sino de hacer planteamientos superadores, sin complejos y sin negarse a enfrentarse con la realidad.

Para padres de alumnos de 6º de Primaria y 1º de ESO

En 6º de Primaria, al generalizarse el proceso incipiente de desarrollo, conviene que el padre tenga algunas conversaciones con su hijo (no se trata de agotarse en una sesión) que le ayude a comprenderse, a saberse comprendido, y a descubrir la relación de la nueva etapa que comienza con los planes amorosos de Dios y con la tarea de educarse.

LA SITUACIÓN

A diferencia de las niñas, cuyos cambios –al llegar la pubertad– obligan a las madres a prestarles atenciones y explicaciones, en el caso de los varones no es frecuente que

su padre se adelante a realizar la misma tarea.

Unos piensan que a los 10-11 años es innecesario y que su hijo carece de cualquier interés o preocupación por ese tema. Que el problema afecta a hijos de otras familias que no tienen casi nada que ver con el estilo de la suya.

Además, –piensan muchos padres– las clases de Conocimiento del Medio y de Religión proporcionan conocimientos científicos y morales suficientes para esa edad. Y olvidan que una cosa es lo que los niños estudian en los libros y otra lo que experimentan en sí mismos o en el ambiente que les rodea.

Todos tienen una gran curiosidad, que es ya indicio del profundo influjo que la condición sexuada del ser humano —varón o mujer— ejercerá en la formación de su personalidad. Están muy atentos a las conversaciones de los padres que tratan, aunque sea incidentalmente, estas cuestiones; buscan palabras en los diccionarios; y, por desgracia, siguen llegándoles interpretaciones antropológicamente reduccionistas y moralmente degradantes. Por último, tienden a adoptar conductas imitativas y a experimentar con juegos y ficciones, que revelan la profunda fascinación que empiezan a sentir. Por desgracia, algunos adquieren prácticas viciosas, con una responsabilidad moral limitada, pero que lastran la formación de una personalidad integrada.

CAMBIOS CORPORALES

A estas edades comienzan a experimentar el crecimiento y la erección del pene. No es frecuente que un padre explique que se debe a la acumulación de sangre en esos tejidos —como un globo hinchado de agua que deja de estar flácido—, para permitir un día que el esposo deposite la semilla de la vida en el interior del cuerpo de la esposa. Tienden a relacionarlo con algo “guarro”. Hay que hacerles ver que, muchas veces, se produce espontáneamente como parte de

su proceso de crecimiento y maduración. Les ayuda mucho escuchar a su padre que esos cambios corporales —y otros— deben ir acompañados también por una maduración de su carácter. Dios les prepara largamente para que lleguen un día a ser capaces de un amor tan grande que puedan colaborar con



Dios en el aparecer de una nueva persona humana llamada a ser hijo de Dios. Por eso deben aprender de quienes les aman y les pueden ayudar: Jesús y sus padres; y también el sacerdote y el preceptor. Cuando uno no se educa bien, después es muy difícil que pueda amar bien. Y si se fracasa en amor, se sufre y se hace sufrir mucho. No hay que tener ninguna vergüenza de preguntar nada sobre la sexualidad, porque lo que Dios ha hecho bueno no es vergonzoso.

También conviene explicarles que esos movimientos

corporales pueden causarles una pequeña incomodidad, y que no es inmoral colocar bien los órganos corporales, ni practicar la necesaria limpieza higiénica. También es posible algunas veces que se despierten deseos impuros al pensar en otra persona real o imaginada. En esos casos hay que aprender a no pasar del *ver* inevitable al *mirar* voluntario, o apartar una imaginación obscena centrando la atención en lo que hacen o en algo que les gusta y es bueno:

charlar, cantar, leer, recordar un gran partido o película, pensar planes atractivos, etc. Siempre es una buena ocasión para pedir la protección de la Virgen María Madre del Amor Hermoso, que les ayudará a triunfar en su educación para el amor. Hay que dejarles muy claro que sólo puede ser pecado grave lo que se advierte y consiente plenamente (y no las ocurrencias que no se admiten, los sueños, las poluciones nocturnas que aparecerán más adelante, aunque vayan acompañadas de sueños, etc.).

Cuando han hecho algo que les inquieta, lo mejor que pueden hacer es consultar al sacerdote, que les enseñará a distinguir lo que está bien y está mal, lo que es más o menos grave. Y si han hecho algo, solos o con otros, —sobre todo si son del mismo sexo— que les da mucha vergüenza, con más razón hay que consultarlo porque se quedarán muy tranquilos y contentos.

Cuando han adquirido alguna costumbre viciosa, aunque no se exagere su responsabilidad moral —ya les ayudará el confesor— tampoco conviene quitarle importancia (como si no fuera más que un erupción), ayudándoles a rechazar con energía, y con la ayuda de Dios, las ocasiones asociadas a esas prácticas. Así aprenderán a integrar su sexualidad en su libertad y se harán capaces un día de la entrega amorosa de sí mismos.

Conviene hacerles ver que como el hombre es capaz de utilizar de modo antinatural sus facultades (la inteligencia para hacer daño, la lengua para insultar) también puede usar mal los órganos sexuales. La masturbación es una conducta antinatural, que ni siquiera practican los animales, salvo las conductas imitativas de los monos:

pueden responder a quienes les invitan a esos “experimentos”, que eso es ponerse por debajo de ellos.

Se puede y se debe hablar bien de lo que Dios ha hecho bueno: del sexo, de la belleza de las chicas, pero ni ellos son cerdos ni las chicas son vacas, y tienen que saber cortar conversaciones de otros que tienen una visión exclusivamente zoológica de estas realidades. También conviene ayudarles a comprender la diferencia entre una conversación impura y un taco o un chiste picante. Aunque suenen mal en la boca de



un muchacho bien educado, no todo tiene la misma relevancia moral. No todo es “guarro” o “impuro” en la misma medida. Gravemente impuro es la expresión —o la incitación— del deseo de realizar un acto sexual —“hacer el amor”— con una chica (con chicos no suelen decirlo), porque ese acto es verdadero y bueno cuando es la expresión corporal del amor entre esposos. Cuando utiliza simplemente a una persona como objeto de placer, ofende a la dignidad



del amor, a la dignidad de quien habla así y de la persona de quien se habla.

Al explicar la sexualidad, conviene evitar un enfoque utilitarista (“es para procrear hijos”) o hedonista (“es para experimentar placer”). La sexualidad es una dimensión de la persona orientada a un amor específico y muy profundo: el amor esponsal. Y el amor esponsal entre varón y mujer, cuando es verdadero, es una donación comprometida, fiel—unión matrimonial indisoluble—y abierta al don de los hijos. El placer que acompaña la unión conyugal es mucho más que un goce físico, es la alegría de una comunión personal y total.

Respecto del pudor, conviene revisar lo dicho en el apartado II de la página 24.

OTRAS CAUTELAS

Los chavales tienen tendencias imitativas que les llevan, a veces, a experimentos con objetos sustitutivos de una chica, o entre ellos. Por eso también es muy importante el

ambiente de sus amistades. No hay que hacer tragedias de comportamientos infantiles y, a la vez, poner de relieve su anormalidad.

Por eso, lo que más les ayuda en la educación para el amor es ver el ejemplo de sus padres fieles y enamorados. Eso puede más que toda la presión de un ambiente neurotizado por una visión reductiva del hombre y de la sexualidad —separada del verdadero amor— que les llega en múltiples mensajes.

Sería ingenuo temer herir su sensibilidad y dejar que la destruya ese ambiente. Es preferible no preguntar directamente, sino dar por supuesto lo que es normal (“a tu edad, a los chicos les pasa...”); o adelantarse a encontrar una salida a lo que no es tan normal (“hay chicos que, a tu edad, por afán de experimentar y por ignorancia hacen...”). “Cuando a ti te pase —o si ya te ha pasado— lo que tienes que hacer es...” Les ayuda mucho comprobar que sus padres les comprenden, les ayudan a comprenderse, y les enseñan a poner en relación lo que van a experimentar

y sus luchas, con el amor en toda la belleza que tiene según el plan de Dios.

Además, la educación para el amor se va alcanzando por otros muchos caminos: en el dominio de sí característico de la libertad, en los detalles de generosidad, y en la confianza en la gracia de Dios de quien procede todo amor verdadero y la fuerza para vivirlo.

Si parece manifestarse alguna confusión sobre su identidad sexual o sobre la atracción sexual que empiezan a experimentar (que puede parecer homosexual), quizá por algunas manifestaciones externas de su conducta, aficiones, o bromas que reciben de

compañeros, conviene tratar este tema con el preceptor y poner los medios oportunos para que no se cree un falso problema y reciban la ayuda que necesitan para reforzar su identidad sexual.

Es indispensable contribuir con las explicaciones de los padres a la formación del criterio ante mensajes sobre el matrimonio, la familia, la paternidad/maternidad, el noviazgo, la amistad, etc., que se difunden en series de TV supuestamente familiares, salpicadas de humor, sin imágenes sexuales explícitas, y que forman una atmósfera inconsciente en la que se van decantando las valoraciones y orientaciones de los espectadores.



Para padres de alumnos de 2º a 4º de ESO

LA ADOLESCENCIA EN EL PROYECTO DE VIDA

La adolescencia representa, en el desarrollo del sujeto, el período de la proyección de sí, y por tanto, del descubrimiento de la propia vocación. Los padres cristianos deben «formar a los hijos para la vida, de manera que cada uno cumpla en plenitud su cometido, de acuerdo con la vocación recibida de Dios» (*Familiaris consortio*, n. 53).

Se trata de un empeño de suma importancia, que constituye en definitiva la cumbre de su misión de padres. Si esto es siempre importante, lo es de manera particular en este período de la vida de los

hijos: «En la vida de cada fiel laico hay momentos particularmente significativos y decisivos para discernir la llamada de Dios... Entre ellos están los momentos de la adolescencia y de la juventud» (*Christifideles laici*, n. 58).

A partir de 2º de ESO se generaliza más la atracción por las chicas, el deseo de frecuentar su trato y, unido a la aspiración de ser mayores y a la presión comercial que se ejerce sobre ellos como mercado potencial, el deseo de frecuentar locales de baile y música orientados hacia gente de su edad o ligeramente mayores.

Hay tres aspectos que los padres tienen que tener en cuenta:

1) Es propio del desarrollo de la libertad la integración de las tendencias y sentimientos para llegar a ser capaces del don de sí en un compromiso amoroso definitivo.

2) La progresiva relación de amistad con chicas debe estar presidida por un gran sentido del respeto hacia ellas (en el modo de hablar entre ellos, en los pensamientos, en la conducta) y del sentido de responsabilidad de la propia virilidad orientada hacia el amor futuro.

3) Es una etapa importante en el descubrimiento de la propia vocación como proyecto de Dios. El inmediatezismo –y la disminución de la esperanza– de la cultura ambiental tiende a confinar las aspiraciones al próximo fin de semana; los padres –con el tono de su ejemplo, de sus valoraciones y orientaciones– tienen que despertar ideales nobles, ilusionantes, asequibles con la gracia de Dios y el empeño perseverante, de servicio a Jesucristo, a la sociedad, a su futura familia.

Es un momento importante de desarrollo del proceso de socialización, además de un momento decisivo de la maduración personal; necesitan la cercanía y paciencia, la firmeza y el *ejemplo de sus padres*, como creyentes prácticos y consecuentes, como personas enamoradas en el matrimonio, como profesionales y ciudadanos responsables, como personas fieles en el trato con sus propios amigos, que *se alegran del crecimiento* de sus hijos.

Durante este período son muy importantes las amistades. La adolescencia es una época en que los jóvenes gozan de más autonomía en las relaciones con los otros y en los horarios de la vida de familia. Sin privarles de la justa autonomía, los padres han de saber decir que no a los hijos cuando sea necesario y al mismo tiempo cultivar el gusto de sus hijos por todo lo que es



bello, noble y verdadero. Deben ser también sensibles a la autoestima del adolescente, que puede atravesar una fase de confusión y de menor claridad sobre el sentido de la dignidad personal y sus exigencias.

Hay que ayudarles a ser pacientes en el proceso de su propio crecimiento sin quemar etapas (noviazgos prematuros) y en el ejercicio responsable de su progresiva autonomía: horarios propios de su edad –poniéndose de acuerdo con los padres de los amigos–, planes y lugares de descanso, y encuentros verdaderamente adecuados. En este campo, además de la fortaleza para apartarles de las discotecas, hace falta ayudarles a ser creativos en la búsqueda de modos de diversión y de relación con amigos y amigas.

Durante la pubertad, el desarrollo psíquico y emotivo del adolescente puede hacerlo vulnerable a las fantasías eróticas y ponerle en la tentación de experiencias sexuales. Los padres han de estar cercanos a los hijos, corrigiendo la tendencia a utilizar la sexualidad de modo hedonista y materialista: les harán presente que es un don de Dios, para cooperar con Él. De esta manera los hijos aprenderán el respeto debido a la mujer.

NECESIDADES EDUCATIVAS EN ESA EDAD

Al responder a las preguntas de sus hijos, los padres deben dar argumentos bien pensados sobre el gran valor de la castidad, y mostrar la debilidad intelectual y humana de las teorías que sostienen conductas permisivas y hedonistas; responderán con claridad, sin dar excesiva importancia a las problemáticas sexuales patológicas ni

padres tendrán que cuidar –sin hacerlo notar demasiado– las relaciones de sus hijos con adolescentes del otro sexo. Aunque hayan sido aceptadas socialmente, existen costumbres en el modo de hablar y vestir que son moralmente incorrectas y representan una forma de banalizar la sexualidad, reduciéndola a un objeto de consumo. Los padres deben enseñar a sus hijos el valor de la modestia cristiana, de la sobriedad en el vestir, de la necesaria independencia respecto a las modas, característica de un hombre o de una mujer con personalidad madura.

Es fundamental que los jóvenes no se encuentren solos a la hora de discernir su vocación personal. Son importantes, y a veces decisivos, los consejos de los padres y el apoyo de un sacerdote, o de otras personas adecuadamente formadas, capaces de ayudarlos a descubrir el sentido vocacional de la existencia y las formas concretas de la llamada universal a la santidad. Es necesario que no falte nunca en la formación impartida dentro y fuera de la familia, no sólo la enseñanza de la Iglesia sobre el valor eminente de la virginidad y del celibato, sino también sobre el sentido vocacional del matrimonio.

Los padres deben prepararse para dar, con la propia vida, el ejemplo y el testimonio de la fidelidad a Dios y de la fidelidad de uno al otro en la alianza conyugal. Su ejemplo es particularmente decisivo en la adolescencia, período en el cual los jóvenes buscan modelos de conducta reales y atrayentes. Como en este tiempo los problemas sexuales se tornan con frecuencia más evidentes, los padres han de ayudarlos a amar la belleza y la fuerza de la castidad con consejos prudentes, poniendo en evidencia el valor inestimable que, para vivir esta virtud, poseen la oración y la recepción de los sacramentos, especialmente la confesión. Deben además ser capaces de



producir la falsa impresión de que la sexualidad es una realidad vergonzosa o sucia, dado que es un gran don de Dios, que ha puesto en el cuerpo humano la capacidad de engendrar, haciéndonos partícipes de su poder creador.

Ya que durante la pubertad los adolescentes son particularmente sensibles a las influencias emotivas, los padres deben, a través del diálogo y de su modo de obrar, ayudar a los hijos a resistir a los influjos negativos exteriores que podrían inducirles a minusvalorar la formación cristiana sobre el amor y sobre la castidad. Siempre, pero especialmente en las sociedades abandonadas a las incitaciones del consumismo, los

dar a los hijos, según sus necesidades, una explicación positiva y serena de los puntos esenciales de la moral cristiana sobre estos aspectos: la indisolubilidad del matrimonio, las relaciones entre amor y procreación, y la inmoralidad de las relaciones prematrimoniales, del aborto, de la contracepción y de la masturbación.

Conviene recordar además que «las dos dimensiones de la unión conyugal, la unitiva y la procreativa, no pueden separarse artificialmente sin alterar la verdad íntima del mismo acto conyugal» (Carta a las familias *Gratissimam sane*, n. 12). En este punto, será una preciosa ayuda para los padres el conocimiento profundo y meditado de los documentos de la Iglesia que tratan estos problemas.

La masturbación constituye un desorden grave, ilícito en sí mismo, que no puede ser moralmente justificado, aunque «la inmadurez de la adolescencia, que a veces puede prolongarse más allá de esa edad, el desequilibrio psíquico o el hábito contraído pueden influir sobre la conducta, atenuando el carácter deliberado del acto, y hacer que no haya siempre falta subjetivamente grave» (Persona humana, n. 9. Cfr.: CIC 2352,§2). Se debe ayudar a los adolescentes a superar estas manifestaciones de desorden que son frecuentemente expresión de los conflictos internos de la edad y no de una visión egoísta de la sexualidad, que es un don orientado a la donación personal. Al ayudarles, hay que diferenciar esa conducta de fenómenos fisiológicos inconscientes durante el sueño, aunque vayan acompañados de fantasías sexuales, y explicar las razones por las que no debe ser elegida libremente esa conducta:

- el placer sexual separado del amor no me interesa porque no merece la pena;
- es una acción incorrecta: repugna porque desconecta el placer del fin y sig-



nificado de ese placer;

- es un gesto de inmadurez sexual, de falta de integración de la imaginación y las tendencias en la libertad;

- es tan obsesivo que esclaviza;
- es un gesto individualista y egoísta que dificulta o incapacita para el amor, aparta del amor de donación e impide mirar al otro más que bajo el aspecto de objeto de placer.

PROPORCIONARLES LOS MEDIOS PARA VENCER

Hay que enseñarles, con paciencia y confianza en la gracia de Dios, los medios que conducen a la integración de sus tendencias en su libertad:

- la comprensión de las dimensiones corpóreas. A esa edad, frecuentemente no están satisfechos de su aspecto físico: hace falta enseñarles que, a la vez que cuidan su desarrollo, no deben valorarse por apariencias y comparaciones;
- la aceptación y reforzamiento de su identidad sexual: positivamente, en la afirmación como varones, ayudándoles a no confundirse por estados transitorios de de-



finición sexual no concluida totalmente;

- la integración de la espontaneidad sexual en la libertad, especialmente a esta edad en la fantasía y en la mirada;

- desarrollar la confianza en el éxito: Jesucristo ha enseñado a millones de jóvenes antes que ellos, en condiciones parecidas, a madurar en su libertad y su capacidad de amar

- además les ayuda mucho la confesión y la comunión frecuente, la amistad con el Señor y la devoción a la Santísima Virgen;

- despertar ya la alegría y la ilusión por una entrega total;

- cultivar todo lo que les ayuda a salir de sí mismos y a darse en la vida de familia, en el sentido de servicio que debe tener su estudio, en la amistad y el compañerismo, en la entrega a personas necesitadas, etc.

- ser firmes en no dejarse manipular por modelos neurotizados de pornografía, que les llegan por medio de la televisión, páginas de internet, canciones, etc. Tienen que desarrollar un sano complejo de superioridad frente a formas tan pobres y

frustrantes del deseo de amar y ser amado. Los padres deben apoyarles con firmeza para no ser ingenuos y evitar las luchas innecesarias (localización adecuada en el hogar de esos aparatos –nunca en su cuarto–, filtro en internet, compañía y horarios en el uso de la TV, videojuegos, etc.).

- configurar una personalidad rica en intereses y actividades (científicos, culturales, altruistas, estéticos, deportivos...) les alejará del aburrimiento y del empobrecimiento interior, que suele ser su causa. A través de los consejos, que brotan del amor

y de la paciencia, los padres ayudarán a los jóvenes a alejarse de un excesivo encerramiento en sí mismos y les enseñarán a caminar en contra de los usos sociales que tienden a sofocar el verdadero amor y el aprecio por las realidades del espíritu. A la vez, hay que provocar, facilitar y orientar que encuentren ambientes adecuados para las nuevas dimensiones de la personalidad que va desarrollándose.

La conciencia del significado positivo de la sexualidad, en orden a la armonía y al desarrollo de la persona, como también en relación con la vocación de la persona en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, representa siempre el horizonte educativo. No se debe olvidar que el desorden en el uso del sexo tiende a destruir progresivamente la capacidad de amar de la persona, haciendo del placer el fin de la sexualidad –en vez del don sincero de sí–, y reduciendo a las otras personas a objetos para la propia satisfacción.

La hermosura y la “sacralidad” del cuerpo humano han dado lugar a maravillosas

obras de arte. Pero cuando desaparece la persona, y con ella la donación recíproca, se da paso a la pornografía y a la obscenidad, es decir, el amor no con sujetos sino con objetos; la caída de la persona a la categoría de cosa.

El amor –también en su faceta corporal– es un don. Todo lo que frena y contraría este *hallazgo* rompe el plan divino y da paso al pecado entendido como desorden, como rebeldía y, en el fondo, como frustración. No en vano enseña Juan Pablo II que el que peca ofende a Dios en la medida que también se ofende a sí mismo. El Santo Padre pide que la familia y la vida sean puestos *en el centro de la nueva evangelización*, de manera que seamos más exigentes a la hora de anunciar la novedad y la belleza de la *verdad divina sobre la familia*.

El planteamiento de la verdad sobre el hombre, lleva incluido el aspecto vocacional, pues el hombre es un ser con un destino. Hay que hacer referencia a “las dos vocaciones fundamentales de la vida cristiana, la de la virginidad y la del matrimonio, y su recíproca relación; y a las ‘dos dimensiones de la unión conyugal, la unitiva y la procreativa’, las cuales ‘no pueden separarse artificialmente sin alterar la verdad íntima del acto conyugal’ (Juan Pablo II, Carta a las familias *Gratissimam sane*, n. 12)” (*Directrices sobre la formación de*

los seminaristas acerca de los problemas relativos al matrimonio y a la familia. Congregación para la Educación Católica, 6 de junio de 1995).

El camino del cristiano es un camino de amor. A los adolescentes hay que ayudarles a que entiendan en qué consiste la “civilización del amor” de la que ha hablado Juan Pablo II y se comprometan en su realización. Aprender a querer a Cristo es, para el cristiano, el camino para aprender



a querer sin más.

Para padres de 1º y 2º de Bachillerato

Lo primero es convencerles de la necesidad de aprender a amar, contando con quien les quiere y tiene experiencia para ayudar en el largo proceso de aprendizaje.

No se sabe amar simplemente por nacimiento y crecimiento espontáneo, y los padres pueden y deben ayudar, sin sustituir su propio camino de crecimiento. El amor es la vocación fundamental del hombre: «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente» (Juan Pablo

II, *Redemptor Hominis*, nº 10). «El hombre sólo se realiza en la entrega sincera de sí mismo a los demás» (Conc. Vat. II, Const. *Gaudium et Spes*, nº 24).

La vocación al amor –en el matrimonio o en el celibato apostólico– es universal. Dios da a todos esa inclinación muy profunda a salir de sí mismo, darse y llegar a formar una verdadera comunión interpersonal amorosa. Pero la capacidad amorosa necesita un cultivo, una educación que empieza ya en la infancia, se acentúa en el final de la adolescencia y en la juventud, y no termina nunca.

La causa más frecuente y más profunda de los fracasos amorosos está en la ausencia

de una educación positiva y continuada, por falta de referencias y ayudas y, más frecuentemente, por una concepción insuficiente y pasiva del amor: pensar que todo consiste en encontrar la persona adecuada, en sobrevalorar el atractivo o que el amor consiste en algo que nos arrastra y no en un poder activo.

Amar es una actividad, no un estado emocional, e incluye:

- Respeto: admiración, valoración, comprensión, veneración del misterio de la persona, no querer dominar o subordinar, alegrarse de su riqueza personal, dar espacio para su propio desarrollo;

- Cuidado: sentir como propio lo que afecta al otro, ayudar a crecer;

- Dar: no es un intercambio de intereses y equilibrio de donaciones, sino una generosidad con lo que uno posee;

- Darse: más que lo que posee, el amante busca darse a sí mismo para hacer aún más dichosa a la persona amada, para hacerla feliz compartiendo un proyecto de vida en común.

El don de sí es don irreversible, compromiso de las libertades en una alianza públicamente celebrada (no se puede amar a prueba, el amor matrimonial no busca la clandestinidad); un don fielmente vivido, expresado corporalmente en el acto conyugal, no manipulado física, química o quirúrgicamente con voluntad anticonceptiva.

EL NOVIAZGO

La educación para el amor antes del matrimonio requiere la integración de la atracción física, que debe existir entre los

futuros esposos, y los estados emocionales en el nivel de la libertad personal, de la capacidad voluntaria de decidir sobre sí mismo y sobre el propio futuro en un compromiso de vida.

El noviazgo es una etapa importantísima para:

- *Conocerse* con profundidad: convicciones fundamentales, ideales, proyectos vitales, relaciones familiares, amigos (no



aislarse artificialmente ni dar la espalda al entorno de cada uno), etc.

- *Mejorarse* en el propio hogar y fuera: donde seremos como somos si nos mostramos con espontaneidad.

- *Desarrollar el amor de entrega*, no el de utilización. Para ello: vivir *en la verdad* como novios, sin falsificar el noviazgo anticipando donaciones corporales antes de la donación personal irrevocable, «como si ya fuéramos esposos, porque esperamos llegar a serlo». Las situaciones confusas son un clima ideal para que se pierda clarividencia

y libertad y crezca el autoengaño, en una etapa de la vida en la que conviene ser lúcido y generoso. El sacrificio de saber esperar, de recorrer las etapas de preparación y maduración, cultiva el amor pacientemente y no se anticipa en sus expresiones definitivas. Las anticipaciones son caricaturas de la verdadera unión conyugal y requieren la evitación de sus consecuencias mediante falsificaciones del gesto amoroso con el empleo de anticonceptivos.

Para lograr vivir un verdadero proceso de maduración en el amor, es necesario compartir las convicciones fundamentales de lo que es el matrimonio y el noviazgo, ayudarse a estar cerca de Jesucristo y a evitar situaciones en las que es fácil dejarse arrastrar



por la pasión. «Los novios están llamados a *vivir la castidad* en la continencia. En esta prueba han de ver un descubrimiento del mutuo respeto, un aprendizaje de la fidelidad y de la esperanza de recibirse el uno y el otro de Dios. Reservarán para el tiempo del matrimonio las manifestaciones de ternura específicas del amor conyugal. Deben ayudarse mutuamente a crecer en la castidad» (CIC nº 2350).

El noviazgo requiere una *edad adecuada*: la de la completa maduración psíquica. Conviene adquirir antes una experiencia amplia en el conocimiento del mundo femenino y en el conocimiento de sí mismo; pero no es deseable que por inmadurez se multipliquen las rupturas y se cree un fondo de desconfianza en el amor.

Hace falta dedicarle una *duración suficiente* pero no excesiva: las condiciones de trabajo o el precio de la vivienda imponen, a veces, noviazgos prolongados que no son deseables, aunque una duración mínima es imprescindible. Pero en esto la clave no es la duración cuantitativa sino la lucidez y generosidad cualitativa.

LA ACTUACIÓN DE LOS PADRES

Es necesario que no falte nunca en la catequesis y en la formación impartida dentro y fuera de la familia, no sólo la enseñanza de la Iglesia sobre el valor eminente de la virginidad y del celibato, sino también sobre el sentido vocacional del matrimonio, que nunca debe ser considerado por un cristiano sólo como una aventura humana. *Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia*, dice san Pablo (Ef 5, 32). Dar a los jóvenes esta firme convicción, trascendental para el bien de la Iglesia y de la humanidad, «depende en gran parte de los padres y de la vida familiar que construyen en la propia casa» (Juan Pablo

II, Homilía en al Eucaristía de Limerick (Irlanda), 1 de octubre de 1979).

Los padres deben alegrarse si ven en alguno de sus hijos los signos de la llamada de Dios a la más alta vocación de la virginidad o del celibato. Deberán entonces adaptar la formación a las necesidades de estos hijos, animándolos en su propio camino.

En el período que lleva al noviazgo y a la elección de aquel afecto preferencial que puede conducir a la formación de una familia, los padres deberán, sobre todo, ayudar a los hijos a *discernir* aquellas condiciones necesarias para que nazca un vínculo serio, honesto y prometedor, y les apoyarán en el camino de un claro testimonio de coherencia cristiana en la relación con la persona del otro sexo.

La conciencia del *significado positivo* de la sexualidad, en orden a la armonía y al desarrollo de la persona, como también en relación con la vocación de la persona en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, representa siempre el horizonte educativo que hay que proponer en las etapas del desarrollo de la adolescencia. No se debe olvidar que el desorden en el uso del sexo tiende a destruir progresivamente la capacidad de amar de la persona, haciendo del placer –en vez del don sincero de sí– el fin de la sexualidad, y reduciendo a las otras personas a objetos para la propia satisfacción.

Otros momentos particulares y significativos para los jóvenes son su ingreso

en el mundo del trabajo o en la universidad. De modo particular, se deberá tener



cuidado de que los hijos no disminuyan, antes intensifiquen, la relación de fe con la Iglesia y con las actividades eclesiales; que sepan escoger maestros del saber y de la vida para su futuro; y que sean capaces de comprometerse en el campo cultural y social como cristianos, sin temor a manifestarse como tales y sin perder el sentido y la búsqueda de la propia vocación.

En la última adolescencia, los jóvenes deben ser introducidos primero en el conocimiento de los indicios de fertilidad y luego en el de la regulación natural de la fertilidad, pero sólo en el contexto de la educación al amor, de la fidelidad matrimonial, del plan de Dios para la procreación y el respeto de la vida humana.

Enamorarse: de quién y por qué*

Hay que procurar no dejar las cosas del amor en manos exclusivamente del corazón. De entrada, lo que más nos llama la atención es el aspecto físico de alguien. De repente, conocemos a una persona que «nos gusta». No es sólo su menor o mayor belleza física; es algo más, difícil de precisar. Los gestos, la forma de hablar, de moverse, nos resultan especialmente atractivos. Más tarde, su forma de comportarse, la relación que se va poco a poco estableciendo con esa persona, tienen algo de sugestivo, de especial, que nos va cautivando sin damos cuenta.

A veces, se produce un «amor a primera vista», un «flechazo». En otras ocasiones, esa persona puede resultarnos poco interesante de entrada, incluso desagradable o pretenciosa. Sin embargo, según la vamos conociendo más, cambiamos la opinión que en un

principio nos habíamos forjado sobre ella, volviéndonos cada vez más receptivos.

LA INTUICIÓN

En estos procesos, la intuición juega un gran papel. No cabe duda de que todos vamos acumulando, sin darnos cuenta, una serie de experiencias y conocimientos que dan lugar a ciertas asociaciones inconscientes. Es lo que algunos han llamado «memoria experiencial».

Cuando una persona nos atrae, intuimos que con ella podríamos compenetrarnos y sentirnos bien en su compañía. Pero muchas veces nos equivocamos, esta intuición falla.

Esto es particularmente frecuente cuando nuestra situación afectiva es propensa al enamoramiento. Entonces podemos proyectar

* Extracto de JAVIER DE LAS HERAS, Psiquiatra. Profesor de Psicopatología de la Universidad Complutense

nuestros deseos en casi cualquier persona en la que hallemos cierta sintonía. Como decía André Maurois, en ciertos períodos de la vida estamos débiles afectivamente y, como la persona que está baja de defensas está a merced de cualquier virus que pasa a su alrededor, podemos enamorarnos de cualquiera.

LA VOLUNTAD

Tras esta primera fase de atracción física y psíquica, se comienza a considerar la posibilidad de que también nosotros le hayamos gustado. Por eso es más fácil enamorar, si esto se pone de manifiesto, de forma más o menos entrevelada. Es el juego de la coquetería.

Después viene el momento más peligroso, cuando consideramos la posibilidad de enamorarnos. En este punto actúa la voluntad. Si dejamos esta puerta abierta, ya estamos perdidos. El amor se nos cuele sin darnos cuenta, y cuando queramos reaccionar, estamos atrapados.

Se van configurando una serie de procesos que nos alejan de la realidad hasta llegar a un estado, en palabras de Ortega y Gasset, de «imbecilidad transitoria».

Por un proceso denominado «catatimia», percibimos de otro modo todo lo referente a esa persona. Nuestra afectividad deforma estas percepciones acercándolas a nuestros deseos: la vemos más guapa, más interesante, más inteligente, etc., aunque los demás no estén de acuerdo con nosotros. Por eso se dice que el amor es ciego. Además se produce una «proyección atributiva inconsciente», fenómeno que consiste esencialmente en completar, sin darse cuenta, los aspectos desconocidos de la persona objeto de amor con los atributos que el enamorado desea, por lo que ésta queda idealizada.

PENSAR EN TI

El enamoramiento es una pasión y, como tal, organiza la personalidad con el único fin de obtener el objeto que la nutre, el ser amado. Los enamorados se ven arrastrados y dominados por él. No pueden dejar de pensar en esa persona ni concentrarse en otra cosa, aunque lo intenten. Se cambia de forma de pensar. Si hace falta, todo se justifica, el corazón anula la razón, todo vale si es para poder estar con esa persona, no se soporta su ausencia, se quiere poseer a toda costa, y de ahí la expresión «te comería».

Naturalmente, hay personas más o menos apasionadas, por lo que estas transformaciones son en algunos casos mucho menos intensas que en otros, pero en todos los casos los aspectos afectivos se imponen a los racionales.

Después, cuando la intensidad del enamoramiento va cediendo, comienzan a surgir poco a poco algunas dificultades, dudas y problemas. ¿Será capaz de querernos tal como nosotros la queremos?, ¿merece realmente la pena? Amar y enamorarse son cosas bien distintas.

El amor es un sentimiento de estimación ajena del que nos sentimos autores, que se prolonga en el tiempo con relativa independencia de las circunstancias externas, dependiendo de la voluntad y capacidad personal para nutrirlo.

En el amor no hay voluntad de posesión como en el enamoramiento, sino deseos de dar y compartir. Deseos que se proyectan ampliamente en el tiempo, dentro de un proyecto común con la persona amada. Es un sentimiento que cambia el rencor por perdón, los celos por confianza plena, la rivalidad por colaboración, la intolerancia por comprensión, el egoísmo por generosidad.

LA RELACIÓN PERFECTA

Generalmente el amor surge del enamoramiento. La relación se va transformando paulatinamente y, según se atenúa el apasionamiento inicial, va aumentando el amor progresivamente. En otros casos sucede al contrario: la relación comienza por el amor que se tiene a una persona y casi sin darnos cuenta descubrimos que estamos enamorados.

El enamoramiento sin amor carece de consistencia y está abocado al fracaso. El amor sin enamoramiento sí la tiene y puede mantener una relación satisfactoria para los dos. Si existe amor y enamoramiento, la relación es perfecta.

Por este motivo, hay que procurar no dejar las cosas del amor en manos del corazón exclusivamente. También hay que considerar, desde una perspectiva más racional, las posibilidades que tenemos de poder establecer una relación satisfactoria y duradera con una persona en concreto: nuestra capacidad y voluntad de amar y la suya, las circunstancias que rodean a esa persona, su familia, sus amigos, etc., ya que todo esto vendrá a formar parte de nuestro mundo.

Muchas veces, los problemas aparecen cuando no se encaja, por el motivo que sea, con la familia o los amigos del otro. Se puede tender a evitar esta relación, incluso a intentar alejar al otro de sus seres queridos, lo cual no se suele aceptar, ni es bueno, ya que son vínculos antiguos y naturales que generalmente se deben respetar y aceptar.

Un nivel cultural e intelectual parecido también va a favorecer una buena comunicación entre esas dos personas. Una comunicación amplia, libre, espontánea, sincera y participativa es esencial para lograr una relación afectiva adecuada.

Un estilo de educación parecido va a evitar muchos roces o comportamientos desagradables de la vida cotidiana, lo cual es verdaderamente importante a medio y largo plazo.

Cuando se tienen planteamientos parecidos y realistas, si se piensa del mismo modo, particularmente en lo que se refiere a cuestiones fundamentales, es más probable que se llegue a un acuerdo en estas cuestiones, por lo cual es siempre preferibles una concordancia ideológica, escalas de valores similares y orientaciones parecidas en la forma de ver la vida.

Tener aficiones parecidas constituye una ventaja en la mayoría de los casos, ya que facilita la posibilidad de compartir mejor el tiempo de ocio; no obstante, en otros casos, cuando se trata de personas abiertas, el tener aficiones distintas puede resultar enriquecedor, siempre que el otro se muestre interesado en las mismas, ya que puede verse ampliado en este campo.

LA MADUREZ

Una cierta madurez de la personalidad es imprescindible para poder establecer una relación afectiva adecuada y duradera. También hay rasgos de la personalidad favorables en este sentido. Esencialmente consistirían en una buena capacidad para dar y recibir afecto, para comprender al otro, para adaptarse a los cambios y dificultades, en una suficiente estabilidad emocional, sentido de la lealtad y fidelidad.

Tener una cierta imaginación para evitar la rutina y saber disfrutar de la vida dentro de cada circunstancia suele evitar que la relación caiga en el tedio de la monotonía. Un buen sentido del humor desdramatiza muchas situaciones y alegra la vida a los demás.

El respeto al otro es esencial para la

vida afectiva, e implica establecer una relación de igualdad, de persona a persona, en la que todo se comparte, desde lo que se posee a lo que se decide.

Es cierto que en algunos casos la relación puede modificar hábitos previos inadecuados, pero generalmente no sucede así. El abuso de alcohol, el consumo de drogas, la prodigalidad en gastos, la tendencia excesiva al juego, las conductas irresponsables y caprichosas son casi incompatibles con una relación afectiva adecuada y duradera. Creer que estas personas irán cambiando no pasa de ser, la mayoría de las veces,

una ingenuidad.

SABER QUERER

No es suficiente con querer, sino que hay que saber querer. Saber querer es encauzar ese sentimiento hacia comportamientos de la práctica diaria que logren el objetivo último del amor: hacer feliz al otro.

Si cuidamos mejor la elección que hacemos y procuramos, no sólo con cariño, sino también con inteligencia, enriquecer esa relación día a día, tendremos muchas más posibilidades de éxito.

Prevenir la homosexualidad*

Nos ha parecido conveniente incluir este Anexo por la actualidad que tienen este tipo de situaciones. Recoge pautas para poder entenderlas y actuar adecuadamente, sin precipitaciones pero con la seguridad que requieren, con independencia de acudir y aconsejarse con personas de recto criterio.

Como sucede con cualquier problema, es evidente que es mejor prevenir que curar. Y aunque la prevención no consigue eliminar toda posibilidad de que pueda aflorar la homosexualidad en un hijo (se entiende en este artículo “hijo” de modo genérico: puede tratarse de un hijo o una hija, siendo lo primero lo más frecuente), sería un error grave pensar que no puede hacerse nada para prevenir. También lo sería suponer que el descuido de las medidas de prevención propiciaría necesariamente el afloramiento de la homosexualidad. Se trata de factores

de riesgo, pero de una gran incidencia, de forma que cuando se consigue el clima familiar idóneo es mucho menos probable que se dé la desviación aquí contemplada. Hay que tener en cuenta que la homosexualidad se origina como una alteración en el desarrollo de la personalidad de quien la padece, por lo que tiene una importancia de primer orden procurar un clima que favorezca el normal desarrollo del hijo. Se señalan a continuación varios rasgos que configuran un ambiente familiar propicio, cuyo descuido tiene particular incidencia

* Extracto de «Recomendaciones pastorales que se pueden dar a los padres que conocen que un hijo es homosexual» de Julio de la Vega-Hazas

en la aparición de la homosexualidad. La relación se refiere solamente a familias normalmente constituidas:

a) La participación del padre en la educación y desarrollo de los hijos: debe estar presente y ser accesible a sus hijos. Si no lo hace, la madre debe intentar su implicación, no siendo buena solución que ella intente suplantar la figura paterna.

b) Evitar, por parte de la madre, actitudes posesivas o sobreproteccionistas. Más aún se debe evitar el que la madre recurra a volcar su afecto en los hijos o en alguno de ellos, incluso haciéndole partícipe de sus insatisfacciones, si no encuentra en su esposo el cariño que busca.

c) La aceptación de cada hijo, de forma que los hijos sean conscientes de ello. Hay que distinguir entre la búsqueda de la excelencia en cada hijo, estimulando la consecución de metas altas, de una actitud constante de desaprobación por no conseguir las, de forma que el hijo se pueda sentir rechazado.

d) La creación de un clima de confianza, que facilite el que los hijos puedan contar sus preocupaciones y las incidencias de su vida, incluso cuando no se han portado bien, de forma que se les escuche y se les responda con serenidad, sin manifestar actitudes de nerviosismo, alarmismo, preocupación visible, y menos aún de riña o rechazo. A la vez, se ha de reaccionar enseñando a los hijos a resolver sus problemas, no asumiendo los padres la resolución de los mismos.

e) La existencia de una auténtica educación sexual, bien orientada a la vez que realista. Incluye el proporcionar una adecuada información sobre las inclinaciones homosexuales y la homosexualidad. Implica también a la vez velar por un clima sano en el hogar en lo referente a la sexualidad, evitando que se vean cosas inapropiadas en televisión, internet, etc.

f) Favorecer una relación normal en

los hijos con sus amigos/as. Buena parte de la afirmación de la masculinidad o la feminidad tiene lugar en las relaciones con chicos/as de la misma edad, sin que la familia pueda suplir bien este aspecto. De ahí que una atmósfera familiar muy cerrada en sí misma no sea recomendable; y sí lo sea, por el contrario, promover actividades sanas y normales con otros chicos/as, como la práctica de deportes de equipo.

g) El recto encauzamiento de los rasgos peculiares de los hijos que puedan causar extrañeza, como por ejemplo una sensibilidad exagerada en un chico o una preferencia por gustos masculinos en una chica. Para educar hay que partir de la aceptación de la realidad, e ir ayudando a configurar la personalidad de cada uno, discerniendo bien lo que es un rasgo peculiar de lo que es una anormalidad. En este sentido, es importante evitar calificativos o mote despectivos y en general todo lo que propicie que el hijo se llegue a sentirse “distinto” e incomprendido.

Conviene que los padres estén atentos, particularmente en la preadolescencia y la adolescencia, de la aparición de posibles comportamientos extraños de los hijos sin aparente explicación, especialmente de los que les aíslan de su entorno habitual. Conductas como el aislamiento en un mundo artístico –musical, teatral, etc.– que no comparten con nadie, la carencia de amigos o la búsqueda de amigos en entornos distintos a los que frecuenta habitualmente y de los que no se habla en casa, con más motivo si van acompañados de la resistencia a adoptar algunos de los rasgos propios del género –en sí mismos de importancia secundaria–, son lo suficientemente preocupantes como para que se deba indagar en la causa. A veces, se pueden intentar disfrazar con una desmedida aplicación a los estudios, pero ese sentido de responsabilidad en su trabajo no suprime el que se deba buscar la explicación a esas

conductas: hay que buscar el desarrollo integral de los hijos, no sólo que triunfen en su actividad profesional. Saliendo al paso de esas anormalidades se consigue muchas veces evitar daños en los hijos, siendo la homosexualidad una de las posibilidades en las que pueden desembocar.

ADOLESCENCIA Y FALSA HOMOSEXUALIDAD

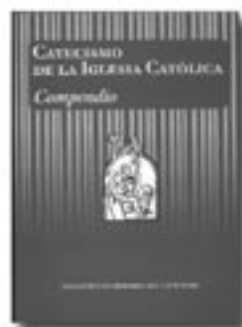
Ante una hipotética revelación de la homosexualidad de un hijo, es muy relevante la edad. Si se trata de un adolescente, se debe discernir bien la situación, distinguiendo una homosexualidad propiamente dicha de lo que no va más allá de una inmadurez y una falta de asentamiento de la personalidad en el desarrollo de la personalidad, y de la sexualidad en particular. En la adolescencia, particularmente en los varones, suele darse una cierta indeterminación sexual, de forma que el chico puede sentirse atraído por chicos además de por chicas. Si a eso se une un carácter tímido, y más todavía si ha tenido algún escaqueo homosexual en alguna ocasión, es fácil que piense que es homosexual –puede que en ocasiones influya en ello el haber acudido a páginas web intentando aclarar su situación–, o que tenga dudas sobre ello; y no lo es, aunque podría llegar a serlo si se deja llevar por esa impresión.

Es menos frecuente una situación semejante con las chicas, aunque podría ocurrir. Si confluyen una timidez que se cree insuperable en el trato con chicos (asociada

normalmente a una percepción negativa del propio cuerpo), el haber tenido en el pasado –a veces, en edad infantil– algún escaqueo impúdico con alguna amiga, y la polarización de la amistad con una sola amiga, puede dar como resultado una especie de enamoramiento con esta última. Pero, al igual que en el caso anterior, no se trata de una auténtica homosexualidad.

No es fácil conseguir la confianza de un hijo adolescente sobre este tipo de cosas. De hecho, es más fácil que la tenga con un tutor/a o un director espiritual, lo que constituye una razón más de conveniencia de una buena tutoría o dirección espiritual. Los padres deben conformarse con esa situación, sin pretender erigirse en directores espirituales del chico o la chica; en cambio, sí que conviene comunicar a estas personas lo que consideren relevante sobre la personalidad del chico o la chica. Menos procedente todavía es intentar enterarse de la intimidad del hijo hurgando furtivamente en ella –por ejemplo, leyendo sus agendas–. Sin embargo, explicar por anticipado las posibles dificultades en su desarrollo facilita mucho que pueda darse esta confianza, puesto que proporciona al hijo adolescente la certeza de ser comprendido. El problema se soluciona casi siempre con medios ordinarios, ayudando al desarrollo normal de la personalidad, y apoyando la autoestima del adolescente. En estos casos, suele ser conveniente además que se integre en alguna pandilla de chicos y chicas, pues aproximarse al sexo contrario y aprender a valorarlo ayuda bastante.

Catecismo de la Iglesia Católica



Sexualidad humana: verdad y significado
PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA



¡Por favor, hálame del amor!
INÉS PÉLISSIE DU RAUSAS

Editorial: Palabra, Colección Edu.com

Amor y responsabilidad
KAROL WOITILA

Editorial: Plaza Janés



Educar los sentimientos
ALFONSO AGUILÓ

Editorial: Palabra, Colección Hacer familia

La educación sexual
VV.AA.

Editorial: Palabra, libros MC

El arte de enseñar a amar

JUAN JOSÉ JAVALOYES

Editorial: Palabra, Colección Hacer familia



Saber amar con el cuerpo

MIKEL SANTAMARÍA

Editorial: Palabra, libros MC



La moral sexual explicada a los jóvenes

ANDRÉ LÉONARD

Editorial: Palabra, libros MC

Curso de educación de la sexualidad para adolescentes (SABE)

C. MEDIALDEA. A. OTTE Y J. P. ADÁN

Editorial: Eiunsa



Tus preguntas y las respuestas sobre amor y sexo

MARY BETH BONACCI

Editorial: Palabra, Colección Edu.com

Cómo manifestar el amor

ANA OTT

Editorial: Eiunsa



Crecer, sentir, amar

JUAN RAMÓN GARCÍA-MORATO

Editorial: Eunsas.

Anatomía de una historia de amor

GERARDO CASTILLO

Editorial: Eunsas

Los novios. El arte de conocer al otro

Los novios. Los misterios de la afectividad
RAMÓN MONTALAT

Editorial: Palabra, Colección Hacer familia

Noviazgo y felicidad
PAUL-EUGENE CHARBONEAU

Editorial: Herder

Noviazgo para un tiempo nuevo
ANTONIO VÁZQUEZ VEGA

Editorial: Palabra, Colección Hacer familia

La Civilización del amor
DARÍO LÓPEZ TEJADA

Editorial: TAU

El destino del eros
JOSÉ NORIEGA

Editorial: Palabra



